

Retiro



Devoción a María de nuestras Hermanas Mártires

INVOCACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

**Envía, Señor, Tu Espíritu,
que renueve nuestros corazones.**

Envíanos, Señor,
Tu Luz y Tu Calor,
que alumbre nuestros pasos,
que encienda nuestro amor.
Envíanos Tu Espíritu,
y un rayo de Tu Luz,
encienda nuestras vidas
en llamas de Virtud.

Envía, Señor...

Envíanos, Señor,
Tu Fuerza y Tu Valor,
que libre nuestros miedos,
que anime nuestro ardor.
Envíanos Tu Espíritu,
impulso creador,
que infunda en nuestras vidas
la fuerza de Su Amor.

Envía, Señor...

Envíanos, Señor,
la luz de Tu Verdad,
que alumbre tantas sombras
de nuestro caminar.

Envíanos Tu Espíritu,
su don renovador,
engendre nuevos hombres
con nuevo corazón.

CONTEXTO HISTÓRICO

La guerra civil española fue un drama que afectó la vida de millones de seres humanos, y que no deja de suscitar recuerdos y debates sobre el significado de aquel momento trágico de la historia de España.

No es posible evocar en pocas líneas ni la bondad de muchos corazones grandes, ni la perfidia de quienes se dejaron llevar por el odio y la sed de venganza. Hubo heroísmo y baja moral en ambos bandos, entre quienes se declaraban defensores de la República o de la revolución (comunista, anarquista o de otro tipo), y entre quienes se consideraban defensores de la Patria, de la tradición, del orden, incluso de la Iglesia.

El número de víctimas fue muy elevado. Queremos ahora fijar la atención en los miles y miles de cristianos que fueron asesinados simplemente por ser lo que eran: seguidores de Cristo, miembros de la Iglesia.

¿Por qué surgió tanto odio hacia personas desarmadas, que tenían el delito de ser católicos? ¿De dónde venía el deseo de acabar con la Iglesia? ¿Qué incitaba a tantas personas, asociadas de modo estable o unidas ocasionalmente, a destruir la vida de sacerdotes desarmados, algunos de ellos jóvenes, otros ya ancianos, que no habían cometido otra fechoría que la de ser sacerdotes? En otras palabras, ¿por qué hubo tanta rabia contra quienes comprometieron sus vidas para servir al Evangelio, a Cristo y a la Iglesia?

La respuesta no es fácil. Porque el odio contra la Iglesia católica y contra los sacerdotes venía de muy lejos. Se había inculcado en España desde el siglo XIX, y había contado con una curiosa alianza de ideas provenientes de dos grupos aparentemente muy distintos entre sí: el grupo masónico-burgués, y el grupo marxista-anarquista-proletario.

Como ejemplos de esa campaña, podemos recordar la abundante cantidad de libros y publicaciones populares que se divulgaron en el primer tercio del siglo XX y que estaban llenas de alusiones sumamente despectivas contra la Iglesia.

Pongamos algunos ejemplos:

-La portada de una publicación socialista en 1902 era un obrero con una escoba que barría a la vieja España: un militar, un juez, un capitalista y un sacerdote.

-En un discurso pronunciado en la Liga laica (Madrid, 2 de noviembre de 1930) se invitaba no sólo a defenderse del catolicismo, sino a combatirlo.

-En 1936 se podían contar en España 146 diarios antirreligiosos. Se publicaban libros con títulos claramente ofensivos. Por ejemplo, Jesucristo, mala persona; las santas garras de la Iglesia, etc.

La labor de propaganda fue profunda y afectó a miles de personas. No es de extrañar, por tanto, que cualquier ocasión pudiera convertirse en un pretexto para quemar

iglesias, insultar a los sacerdotes o religiosos, y llegase a desembocar en formas más graves de violencia. Ocurrió en 1909, en la Semana Trágica de Barcelona, donde fueron incendiados unos 70 edificios religiosos. Ocurrió en 1931, en los primeros meses de la República, especialmente en las grandes ciudades. Ocurrió en la revolución de Asturias (1934), donde fueron asesinados varios sacerdotes.

El clímax de odio y de matanzas llegó con la guerra civil y la revolución en la zona republicana. Las cifras hablan por sí mismas: fueron asesinados 12 obispos, más de 4000 sacerdotes, 2365 religiosos, 283 religiosas, y un número difícil de calcular de laicos católicos.

A pesar de los datos y de la existencia de abundantes documentos que prueban la incitación continua y sistemática de odio hacia lo católico, sigue vigente un mito difícil de extirpar, también entre algunos católicos. Según este mito, el odio hacia la Iglesia habría surgido porque las masas populares veían a los obispos y al clero como aliados de la monarquía, de la nobleza y de la burguesía, es decir, como si fueran los promotores de la perpetuación de un sistema social injusto.

Afirmar lo anterior supondría, como ha observado algún estudioso, que en algunos existiera un extraño deseo de regenerar a la Iglesia para apartarla de sus delitos y para convertirla a un ideal superior de justicia y de revolución social donde sería posible encontrar la verdadera realización del ser humano.

Esta suposición, sin embargo, ha mostrado su falsedad tras el derrumbe de las dictaduras más terribles del siglo XX,

el nazismo y el marxismo. Aquellas utopías llenas de odio y de violencia no construyeron un mundo mejor. Si la Iglesia hubiera cedido a las mismas, como esperaban quienes pedían a los sacerdotes, a través de amenazas, que dejasen a Cristo para seguir sus sueños revolucionarios, hoy la Iglesia sería señalada como una sociedad fracasada y aliada de las peores dictaduras jamás conocidas en la historia humana.

En segundo lugar, hay que hacer siempre patente la injusticia de cualquier acto que, nacido desde el odio hacia el distinto, lleva al asesinato de seres humanos inocentes y desarmados, sin juicio, sin defensa, a veces incluso sin ninguna acusación de delitos señalados como tales por la ley.

¿Qué tipo de legitimidad puede tener un estado, una sociedad, que asesina a personas simplemente por pertenecer a una religión, por trabajar como sacerdotes? ¿No se podría hablar de una situación absurda de genocidio, en el que miles de católicos fueron asesinados solamente porque pertenecían a un grupo despreciado en masa y sin posibilidades de defenderse ante los tribunales? Es cierto que resulta posible reconocer que algún sacerdote o religioso ha vivido de modo indigno, incluso que ha cometido abusos o delitos punibles por la justicia. En esos casos, un estado de derecho aplica las leyes y castiga al culpable por sus actos. Pero nunca puede considerarse justa una sociedad, un estado o un grupo revolucionario, si permite el asesinato en masa de seres humanos simplemente porque son sacerdotes o porque son católicos.

Si vamos más a fondo, podríamos reconocer que el drama de los mártires del siglo XX en España (y en tantos otros

lugares de la Tierra) es parte de una historia más compleja y más lejana, que tiene su raíz en el odio que Satanás tiene contra Cristo y contra su Iglesia. Ese odio ha provocado la muerte de miles de hombres y mujeres, a través de tormentos y abusos indescriptibles, simplemente porque eran seguidores de Cristo.

Sabemos, sin embargo, que en la dimensión de la fe y del amor, esas muertes no fueron derrotas, sino victorias. Cada mártir, con su entereza, con su adhesión a Dios, dice al mundo que existen verdades que no pueden quedar destruidas por el miedo, el crimen o la persecución absurda de los dictadores de turno (sean de derechas o de izquierdas).

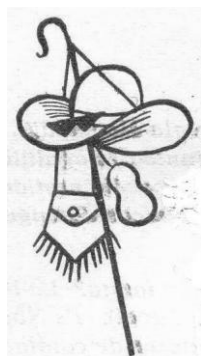
La sangre de los miles de mártires españoles no ha sido estéril. Ellos, como tantos millones de mártires de todos los pueblos y de todos los siglos, gozan ahora de la compañía de una multitud inmensa de santos. Con sus vidas y con sus muertes, nos testimonian la existencia de un mundo superior y de un Dios bueno.

Con la ayuda de ese Dios, es posible también hoy, como lo atestiguan los mártires del pasado, vivir el amor a la verdad hasta el heroísmo, hasta derramar la última gota de la propia sangre con un grito lleno de fe y de esperanza: ¡Viva Cristo Rey!

O bien, como nuestras Hermanas Mártires:

¡Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío!

Devoción a María de nuestras Hermanas Mártires



El origen de la devoción a María como Madre del Buen Pastor en nuestro Instituto, se remonta al inicio del mismo, de lo que dan fe la más antigua legislación y tradición con que contamos.

El P. José Tous, redactó personalmente las Constituciones del Instituto fundado por él y las presentó al Obispo de Vic Mons. Luciano Casadevall. En ellas aparecen bien claros los dos ejes que deberían sostener a la nueva familia religiosa: la **devoción a María, Madre del Divino Pastor**, y el servicio en la **educación de la infancia y la juventud**.

El 19 de febrero de 1828 Fr. José emitió los votos religiosos y en los siguientes años estudió filosofía y teología en los conventos de Calella de la Costa, de Gerona, y de Valls. El 1 de junio de 1833 recibió en Tarragona el diaconado y el 24 de mayo de 1834 fue ordenado sacerdote por Mons. Pedro Martínez de San Martín. Poco después fue enviado al convento de Santa Madrona en Barcelona, donde se distinguió por su fidelidad al ministerio sacerdotal y por una profunda vida interior, **alimentada por una íntima relación con Jesús crucificado, con Jesús Eucaristía y con María, la Madre del Buen Pastor, devociones que marcaron profundamente su vida**.

Para José Tous no todo fue fácil. Junto a la inestabilidad política y social del momento, se añadieron dificultades internas. A pesar de todo José Tous y Soler consiguió consolidar el espíritu capuchino en las Hermanas de Barcelona gracias a su profunda y consolidada vida de fe, puesta de manifiesto en las adversidades, siempre fiel a su lema de «Fe y confianza en Dios», **trabajando insistentemente para que sus religiosas no perdieran nunca de vista estos dos matices específicos: la devoción inquebrantable a María como Madre del Divino Pastor y la actividad apostólica dedicada al servicio y a la formación de la infancia femenina pobre y necesitada**.

De aquí podemos deducir la fuerza con que las Hermanas del Instituto han acogido el legado del Padre, el Beato José Tous en las vertientes espiritual y apostólica: Amor a María, educación cristiana de la niñez y juventud.

Por ello, no debe extrañar que, como buenas capuchinas de la Madre del Divino Pastor, nuestras Hermanas Mártires profesaran un ardiente y entrañable amor a María.

Hermana Andrea (Ramona Solans Ballesté)

Para la Sierva de Dios la presencia de María, tiene una importancia fundamental, tanto para su vida espiritual, como para sentir el apoyo y la fuerza de Madre en su vida religiosa, en su apostolado entre las niñas, como en la preparación a su encuentro definitivo con el Señor. María fue siempre el modelo de su vida consagrada, «Amaba profundamente a la Virgen y supo transmitir este amor a sus alumnas, algunas de ellas, todavía lo recuerdan».



A las alumnas les transmitía esta devoción tan necesaria e importante para ella.

«Era muy devota de la Virgen. Inculcaba esta devoción a las niñas. Pedía en sus oraciones, tener una buena muerte».

«La Virgen le concedió la perseverancia final y una buena muerte, el martirio».¹

Una de las advocaciones marianas más importantes era María, Madre del Divino Pastor, bajo la cual el beato José Tous había confiado el Instituto por él fundado.

«Quería a la Virgen, Madre del Divino Pastor con todo fervor y lo comunicaba a las niñas, quienes correspondían a las enseñanzas de la buena Profesora».

Durante su estancia en Igualada sabemos tenía el servicio de sacristana e intentaba por todos los medios que la Virgen tuviera siempre flores. Y para conseguirlas se las ingeniaba de la forma

que fuera. Una de sus alumnas recuerda que le pedía de su jardín, y su madre se las proporcionaba.

Hermana M^a. Auxilio (Josefa Noguera Manubens)

Por pertenecer a un Instituto eminentemente mariano, uno de los rasgos por el que sobresale la Sierva de Dios es la convicción de que la presencia de María tiene una importancia fundamental en su vida consagrada.

«Según las Hermanas destacaba por su devoción Mariana».

La Hermana M^a. Auxilio encuentra además, en la Virgen una Madre. María el modelo en su entrega, viviendo el compromiso de un amor activo y concreto en cada persona y en cada una de sus acciones.

«Tenía gran devoción a la Virgen», aseguran las Hermanas.

Esta devoción tan capuchina es la que transmite también a sus alumnas, así como el ofrecer diariamente a María el rezo del Rosario.



Hermana Patrocinio (María Vilanova Alsina)

Significativa de la Sierva de Dios fue también la devoción Mariana. Las jaculatorias, el Rosario y la imagen de María, está presente y le acompañan siempre en su quehacer cotidiano.

«Siempre iba rezando, incluso cuando pelaba patatas se colocaba una imagen de la Virgen».

María ha sido la Madre, María es el modelo de su consagración y de su entrega a los demás. «Rezaba de continuo el Rosario, pues cuando hacía un trabajo doméstico, siempre lo llevaba en las manos».



Para la reflexión y puesta en común:

1. ¿Qué es lo que más te ha impresionado de la vida de estas Hermanas nuestras?
2. ¿Qué aspecto de su vida ha sido materia para tu oración?
3. ¿Te acuerdas de ellas cuando vives alguna dificultad especial?
4. Elige algún pasaje de la Escritura o escribe una oración, para dar gracias al Señor por estas Hermanas.

Oración

Dios Padre nuestro, te alabamos, te bendecimos y te damos gracias por haber concedido a nuestras Hermanas Andrea, M^a Auxilio, Patrocinio y trece compañeros la fuerza de tu Espíritu, para que fueran testigos de fe y de caridad hasta el martirio.

Acompáñanos a nosotros tus hijos, para que caminando bajo la protección de María, Madre del Divino Pastor, seamos fieles a nuestra vocación cristiana al servicio de Dios y de la Iglesia.

Te rogamos nos concedas, por su intercesión, la gracia que con fe y confianza te pedimos.

Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén

